

Número 15

1.º de julio

1915

San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Precio: 5 cts.

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

SAN SELERIN

PERIODICO PARA LOS NIÑOS

LOS GATILLOS MAL EDUCADOS

Cinco gatitos fueron invitados a un almuerzo. Ellos le dijeron a la mamá: déjenos ir, mamácita, que nos portaremos muy bien; nos pondremos los delantalcitos y tomaremos las cosas como Ud. nos ha enseñado: el cu-



chillo con la mano derecha y el tenedor con la izquierda; al entrar haremos una reverencia y si tenemos que pedir algo, diremos: «Hágame el favor».—Daremos las gracias y no pediremos mucho.

Entonces podéis ir, mis queridos hijitos—dijo la feliz gata madre.

Los cinco gatitos fueron al almuerzo. Se lavaron



bien la cara con sus rosadas y pequeñas lenguas y sus vestidos parecían de seda. Llevaban las colas levantadas moviéndolas alegremente.

Al principio tomaron las cosas como habían prometido, procurando ser bien educados.

¡Qué lindos se veían con sus delantalcitos blancos! Pero ¡ay! que aquellas buenas maneras y aquellos vestidos lustrosos como la seda, no lucieron mucho rato.

Cuando les preguntaron si querían leche, tiraron las cucharas, se olvidaron de hacer la reverencia y ¡oh!



vergüenza, metieron la nariz entre la taza y en un decir *amén* se bebieron toda la leche. Luego cada *malcriado* gatillo gritó: *miau, miau*, yo quiero más leche. Y por último tiraron al suelo las tazas y salieron como cachiflones para su casa.

Cuando a la madre le dieron las *quejas* sintió que la cara se *le asaba de vergüenza* y los tuvo arrodillados media hora, en castigo.

UNA FIESTA

En una escuela de San José hubo hace pocos días una fiesta en la cual una de las maestras, señorita Carmen Jiménez, dirigió estas palabras a las niñas:

Hoy habrá fiesta en la escuela, os habréis dicho muchas de vosotras al despertar esta mañana y bajo esa idea habéis acudido a ella.

Y yo os pregunto si todas os habéis dado cuenta de cuál es la alegría que ha organizado esta sencilla fiesta en la cual vuestras vocecitas de pajarillos contentos cantarán tan lindas canciones.

Os contaré, pues, el por qué de ella: el señor Presidente de Costa Rica ha dispuesto que una parte de su sueldo fuese repartido todos los meses en las escuelas y se diese en cada una de ellas a un alumno. En nuestra escuela, para que fuese más justo, se rifó este dinero y es claro, alguna tenía que ser la agraciada. No penséis entonces que es a la más buena a quien se le dará: la bondad no se paga con todo el dinero del mundo, ni la bondad se premia. Hacerlo con este pensamiento sería casi grosero. Para la más buena pediría yo a Dios la estrellita más linda y más luminosa y se la prendería con un rayo de luna en su frente, o bien le daría la más bella rosa que hubiese amanecido abierta sobre la tierra.

Así pues, no queremos que esta fiesta os deje el pensamiento de que a una niña se le dió dinero porque

es buena, porque ha cumplido con su deber y que tal pensamiento sea quien aliente a muchas de vosotras a ser mejores de hoy en adelante. No, chiquitas, os lo repito, por la bondad no se da dinero, por la bondad sólo se puede dar amor.

Y oid: Si yo fuese en una escuela la niña escogida para dárseme tal regalo y se me dijese: le damos esto porque Ud. es la mejor y más buena alumna de la escuela, yo no lo recibiría, porque pensaría, cuántos corazones mejores que el mío, pero no vistos, palpitan dentro de los pechos de muchas de mis compañeras.

El fin de la fiesta de hoy no es otro que el de alegrarnos con nuestra compañerita del regalo que le cupo en suerte.

Plantas que se alimentan de insectos

La observación ha hecho saber al hombre que hay plantas carnívoras, esto es, que se alimentan de animales.

Sabemos que las plantas pueden propocionarse su alimento por sí solas, tomándolo de la tierra en que viven y del aire que las rodea. Sin embargo, algunas que crecen en terrenos de los cuales no pueden tomar todas las sustancias que necesitan, se ven obligadas a buscarlas por otros medios y con este fin la Naturaleza les ha modificado su estructura.

Tal circunstancia es la que probablemente ha crea-

PLANTAS INSECTÍVORAS



1. Planta de California, cuyas flores, parecidas a hojas, tienen en la boca unas lengüitas de brillantes colores que atraen los insectos al interior en donde encuentran la muerte.—2. Las hojas que tienen picheles dentro de los cuales hay un líquido en el que se ahogan insectos y pajaritos.—3 y 4. El *rosoli*, que coge moscas e insectos por medio del jugo pegajoso que contienen las bolsas que hay en el extremo de los pelitos que cubren sus hojas.

do estas plantas carnívoras que crecen casi siempre en terrenos pantanosos.

Uno de los más curiosos ejemplares lo encontramos en una plantita de Inglaterra cuyo nombre es *rosolli*. Examinando una de sus hojas con un lente de bolsillo, se puede ver que está hecha de manera que pueda obtener suficiente alimento: la superficie verde está cubierta de muchos pelillos de un color rojizo; en el extremo de cada pelito hay una minúscula bolsa llena de un líquido pegajoso, que tiembla como una gotita de agua.

A la luz del sol la planta brilla como si estuviese cubierta de rocío. Un gran observador de la Naturaleza, Carlos Darwin pudo ver que esta estructura de las hojas no tiene otro objeto que atraer los insectos, quienes son lanzados hacia el centro de la hoja, que parece una taza, por una especie de hilos que sienten el menor contacto.

Si una mosca ha tenido la imprudencia de posarse sobre esta planta, atraída por las brillantes gotitas, muy pronto se encuentra en el fondo de la hoja, y allí las diminutas bolsas o glándulas derraman sobre ella su líquido pegajoso. Cuanto más lucha por huir, más jugo segregan las glándulas.

Darwin descubrió un detalle aun más curioso: este jugo transforma el cuerpecillo del insecto, de la misma manera que en nuestro estómago el *jugo gástrico* transforma la carne para que pueda ser convertida en sangre.

Darwin también demostró que una planta de este grupo, se alimenta no sólo de carne, sino también de pedacitos de hoja, pólen, semillas, etc.

Leed lo que dice Joaquín Antonio Uribe en su libro

«Cuadros de la Naturaleza», al hablar de una especie americana de esta planta, cuyo nombre es *atrapa-moscas*: «es una linda hierba que inspira deseo de besarla, por sus gracias infantiles. Es pequeña; sus hojas se abren y cierran, parecidas a un libro y están provistas de pelos



LA PLANTA ATRAPA-MOSCAS

Una de las hojas se ha cerrado, para prensar un alfiler con el que se la tocó

cortos, rojos y derechos, que segregan un líquido pegajoso y de olor aromático excitante; las flores son blancas y dispuestas en ramillete.

«Ya la conocéis. Oid ahora lo que sucedió una mañana transparente de primavera. El sol era brillante, el césped estaba húmedo, los pájaros cantaban. Un insectillo llega volando, contempla encantado aquellas flores blancas como la inocencia y se posa sobre una hoja abier-

ta y perfumada de la desconocida hierbecilla. Lo que sigue es espantoso. Repentinamente las partes en que está dividida la hoja se cierran con sorprendente rapidez y el pobre viajero queda aprisionado; en vano forcejea y se agita colérico en medio de aquellos pelos; la muerte no se deja esperar. Mas no creais que todo está terminado. La planta comienza a beber tranquila la sangre del difunto insecto, a digerirle lentamente como un boa, y a poco tiempo, satisfecha, ya vigorosa, abre de nuevo la hoja que traga insectos, deja escapar el esqueleto descarnado del infeliz animalillo y sigue sonriente, esperando nuevas víctimas».

Finalmente, hay plantas insectívoras, que tienen depósitos de agua para ahogar las presas. Sus hojas en forma de tubos, de colores muy vivos, poseen glándulas en los bordes que contienen miel. Los insectos, atraídos por la miel, penetran en el tubo, del cual no pueden salir porque hay unos pelitos que lo impiden. Luchan por libertarse y acaban por caer sin fuerzas en el fondo del tubo lleno de agua.

Hay una familia de estas mismas plantas, de cuyas hojas cuelgan una especie de cántaros o picheles de lindos colores que tienen glándulas llenas de miel para atraer los animalitos. Estos picheles contienen un líquido en el cual se ahogan y descomponen los insectos y pequeños pájaros que allí caen y que han de servir para alimento de la planta.

(Arreglo—Tomado de *Marvels of the Universe*)

La Bella Durmiente del Bosque

El francés Carlos Perrault fué otro de los famosos contadores de cuentos de hadas. El primero contó sus historias a sus hijos y luego las escribió para los niños de todo el mundo. Tenía cerca de setenta años cuando publicó su mejor libro de cuentos, dedicado a una princesita hija del rey de Francia. Entre sus cuentos, recordamos: «El gato con botas», «Barba Azul», «La bella y la fiera», «La Caperucita Encarnada», «La bella durmiente del bosque», etc.

Había una vez un rey y una reina que estaban enojados por no tener hijos.

Fueron a todas las aguas del mundo; votos, peregrinaciones, todo fué puesto en juego inútilmente: hasta que al cabo de cabos, la reina dió a luz una niña.

Hízose un bello bautizo, se dió por madrina a la primera de todas las hadas que se pudieron encontrar en el país (encontráronse siete) a fin de que cada una de ellas le hiciera un dón, según la costumbre de las hadas en aquel tiempo, y tuviera por este medio la niña todas las perfecciones imaginables.

Después de la ceremonia del bautizo, todos los asistentes volvieron al palacio del rey, donde se daba un gran festín a las hadas. Púsose delante de cada una un cubierto magnífico con un estuche de oro macizo, donde había una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino, guarnecido de diamantes y rubíes.

Pero cuando todos se sentaban a la mesa, se vió en-

trar una vieja hada, a quien no se había convidado, porque hacía más de cincuenta años que no salía de una torre y se la suponía muerta o encantada.

El rey mandó que se le pusiera un cubierto; pero no hubo medio de ponerle estuche de oro macizo como a las demás, porque no se habían mandado hacer más que siete, para las siete hadas. Creyó la vieja que se la menospreciaba y refunfuñó echando algunas amenazas entre dientes.

Una de las hadas jóvenes que se hallaba cerca de la vieja, oyó sin embargo las amenazas, y juzgando que podría dar a la recién nacida princesa algún dón deplorable, luego que se levantaron los manteles fué a ocultarse detrás de una cortina, a fin de hablar la última y ver de reparar en lo posible el daño que hubiera hecho la vieja hada.

En esto comenzaron las hadas a hacer sus dones a la princesa. La más joven le concedió ser la más hermosa del mundo; la segunda tener el espíritu de un ángel; la tercera tener una gracia admirable en todo lo que hiciera; la cuarta danzar primorosamente; la quinta cantar como un ruiseñor, y la sexta tocar con suma perfección todos los instrumentos.

Habiendo llegado su vez al hada vieja, dijo meneando la cabeza con cólera, que la princesa se traspasaría la mano con un huso y moriría de ello.

Todos se estremecieron a las palabras de la vieja y no hubo allí quien no llorará.

Pero en aquel momento salió de entre la cortina el hada joven y dijo en voz alta estas palabras:

—Tranquilizaos, príncipes; vuestra hija no morirá. Cierto que yo no tengo bastante poder para deshacer enteramente lo que ha hecho mi hermana mayor; la princesa se herirá la mano con un huso; pero en vez de morir caerá solamente en profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales, el hijo de un rey vendrá a despertarla.

Para evitar la desgracia anunciada por la vieja, ordenó el rey que se quemasen todos los husos que hubiera en el país.

Al cabo de quince o dieciseis años, habiendo ido el rey y la reina a una de sus casas de recreo, sucedió que la princesa, recorriendo todo el palacio subió de piso en piso hasta un desván, donde una buena vieja estaba hilando su copo a solas. La pobre vieja ni siquiera había oído hablar de las prohibiciones hechas por el rey.

—¿Qué haces aquí, buena vieja? le preguntó la princesa.

—Estoy hilando, hermosa niña, le contestó la vieja, que no la conocía.

—¡Y cómo se hila! ¡Qué juego tan bonito! A ver, dame acá, que quiero probar si sé yo hacer lo mismo.

No bien hubo tomado el huso, cuando, efecto de su viveza, porque era un poco ligera, y también por el decreto de las hadas, que lo ordenaba así, se hirió la mano y cayó desmayada.

Asustada la vieja, gritó pidiendo auxilio y acudieron de todo el palacio a asistir a la princesa; echáronle agua en la cara, le aflojaron el vestido, le golpearon las

manos, le frotaron las sienes con agua de la reina de Hungría; pero nada le hacía volver en sí.

Entonces el rey, que había subido al oír la bulla, se acordó de la predicción de las hadas, y juzgando que era necesario que sucediera así, puesto que ellas lo habían dicho, mandó que llevaran la princesa al mejor aposento del palacio y la pusieran en un lecho adornado de oro y plata.

Hubiérase dicho que era un ángel, según lo bella que estaba, porque su desmayo no había quitado los vivos colores de su tez, y sus mejillas permanecían encarnadas, y sus labios como el coral: sólo tenía los ojos cerrados, pero respiraba tranquilamente, lo que hacía ver que no estaba muerta.

El rey ordenó que se la dejara dormir en reposo hasta que llegara su hora de despertar.

La buena hada que le había salvado la vida condenándola a dormir cien años, estaba en el reino de Mataquín, a doce mil leguas de allí, cuando ocurrió a la princesa este accidente; pero fué avisada en un instante por medio de un enano que calzaba botas de siete leguas, botas con que se hacían siete leguas de un solo paso. La buena hada partió sin demora, y al cabo de una hora se la vió llegar en un carro de fuego tirado por dragones.⁽¹⁾

El rey mismo fué a ofrecerle la mano a la bajada del carro, y ella aprobó todo lo que había hecho; pero como era muy previsora, pensó que cuando la princesa

(1) Animal fabuloso de figura de serpiente, con pies y alas.

llegara a despertarse, se vería muy apurada, sola en aquel antiguo castillo, y he aquí lo que hizo:

Tocó con su varita de virtudes todo lo que había en aquel castillo o palacio, damas y doncellas de honor, oficiales, cocineros, porteros, pajes, a todos en fin, menos al rey y la reina; tocó también los caballos que había en las cuadras, los perros del corral y hasta la *Pouffe*, perrita de la princesa, que estaba al pie de su lecho.

Luego que los hubo tocado se durmieron todos para no despertarse si no al mismo tiempo que la princesa, a fin de estar siempre dispuestos a servirla cuando llegara el caso. Hasta los cocineros que se hallaban al fuego asando gallinas y chompipes, se durmieron también y el fuego mismo. Todo esto fué hecho en un instante: las hadas no invertían mucho tiempo en sus prodigios.

Entonces el rey y la reina, después de besar a su amada hija sin que se despertara, salieron del castillo, prohibiendo acercarse a él a toda clase de personas. Esta prohibición era innecesaria, porque en un cuarto de hora crecieron alrededor del parque multitud de árboles grandes y pequeños y espinos y zarzas, que se entrelazaban de tal manera, que ni bestia ni hombre hubiera podido pasar; fuera de que no se veían ya sino las cúspides de las torres, y esto desde muy lejos.

Al cabo de cien años el hijo del rey que reinaba entonces y era de otra familia que la princesa dormida, yendo de caza por allá, preguntó qué torres eran aquellas que veía por encima de un gran bosque muy cerrado, y cada cual contestó según lo que había oído decir:

los unos decían que era un castillo arruinado donde se aparecían almas del otro mundo; los otros, que todos los hechiceros y brujas del país se reunían allí; la opinión más común era, sin embargo, que se guarecía allí un ogro que se llevaba todos los niños que podía coger para comérselos a sus anchas, sin que nadie pudiera perseguirlo, teniendo él sólo el poder de abrirse campo al través de tan cerrado bosque.

El príncipe no sabía qué pensar, cuando un viejo campesino tomó la palabra y le dijo:

—Hace más de cincuenta años, príncipe y señor mío, que oí decir a mi padre que había en ese castillo la más bella princesa que jamás se hubiera visto; que debía estar durmiendo ahí por espacio de cien años y que sería despertada por el hijo de un rey, a quien estaba reservada.

El príncipe entonces quiso convencerse por sus propios ojos y allá se dirigió.

Apenas se adelantó hacia el cerrado bosque, cuando todos los árboles, espinos y zarzas se separaron para dejarle libre el paso. Dirigióse luego al palacio, que veía al extremo de una larga alameda, en que penetró, extrañando que nadie de su servidumbre hubiera podido seguirlo, porque los árboles volvieron a entrelazarse luego que le dieron paso.

No por eso dejó de seguir su camino: un príncipe joven y enamorado es siempre valiente. Entró en un gran patio, donde todo lo que desde luego vió era para helarlo de espanto. En medio de un silencio espantoso, la imagen de la muerte se le ofrecía por todas partes: no

veía más que cuerpos de hombres y animales tendidos como si estuvieran muertos. Conoció, sin embargo, muy bien, por la nariz engranujada y la cara enrojecida de los porteros, que no estaban más que dormidos; y sus tazas donde quedaban aún algunas gotas de vino mostra-



El príncipe vió tendida sobre un lecho una linda niña

ban bien a las claras que se habían dormido bebiendo.

El príncipe pasó luego a otro patio mayor con pavimento de mármol; subió la escalera y entró en una sala donde había una fila de soldados, con la carabina ⁽¹⁾ al hombro y roncando cuanto podían. Cruzó después muchas salas, llenas de damas y caballeros, que dormían, de pie unos, otros sentados. Entró, en

(1) Rifle pequeño.

fin, en un aposento, dorado todo él, y vió sobre un lecho cuyo pabellón estaba abierto por todas partes, el espectáculo más bello que había visto en su vida: una princesa que parecía tener quince o dieciseis años y cuyo semblante resplandecía con algo luminoso y divino.

Acercóse temblando y lleno de admiración, y se puso de rodillas junto a ella.

Entonces, como había llegado el término del encantamiento, se despertó la princesa, y mirándolo con ojos cariñosos, le dijo:

—¿Eres tú, príncipe mío? ¡Cuánto te has hecho esperar!

Y se pusieron a conversar como si hiciese muchos años que se conocieran.

Entre tanto, todos los durmientes del castillo encantado se habían despertado con la princesa, y cada cual se puso a continuar el oficio que hacía antes de dormirse.

El príncipe ayudó a la princesa a levantarse. Estaba vestida magníficamente; pero se guardó muy bien de decirle que lo estaba a la moda de hacía cien años. No por eso estaba menos bella.

Pasaron a un salón de espejos, y allí cenaron, servidos por la servidumbre de la princesa. Los violines y las flautas tocaron antiguas piezas, pero excelentes, aunque hacía cien años que estaban durmiendo.

Sin perder un momento, después de cenar, los desposó el capellán mayor en la capilla del palacio, y vivieron muchos años felices y tuvieron dos bellos gemelitos. A la niña la llamaron Aurora y al niño Sol. Y colorín, colorado, ya este cuento se ha terminado.